

La Carta del olvido

Tiempo atrás, cuando las hojas aún eran verdes y las flores resaltaban con brillantes colores, me encontraba abrumado por mis pensamientos, sumergido en las cálidas tonadas que el cielo pintaba. De repente, como por arte de magia, la vi, a lo lejos una figura esbelta, delicada y femenina. Ante mis ojos aquello era lo más perfecto que alguna vez había presenciado. ¿Cómo era esto posible? Pensé que tan solo era un producto de mi imaginación; sin embargo, recordaba cada emoción, el latir de mi corazón, mis mejillas sonrojadas, la sensación del pasto bajo mis dedos, pero sobre todo la hermosa sonrisa de la joven, quien había ultrajado todos mis suspiros.

Al caer la noche, muchos de mis colegas frecuentaban un pequeño local, lleno de luces voces alegres que resonaban en toda la calle. Entré con los pies sobre la tierra; dentro de mí, ese momento era únicamente un recuerdo pasajero que marcaría el resto de mi vida. Para mi fortuna o tal vez desgracia, distinguí la misma silueta de aquella tarde; mi corazón dio un vuelco, sentí como poco a poco mi cuerpo se desvanecía, débil ante su presencia. Pronto todo acabó; se acercó dulcemente y extendió su mano para tomar la mía, pronunció su nombre con suaves palabras y me arrastró hasta la pista de baile. Las copas llenas y mi corazón contento; me sentía pleno, yo era el hombre más afortunado por tenerle a mi lado. Apenas nos conocíamos, pero no era impedimento alguno para no desearla hasta que mi cuerpo se convirtiera en cenizas, embelesado en sus curvas, su voz y la profundidad de sus ojos verdes. Los días se convirtieron en meses y esos meses en eternidades, para ser precisos y poco poéticos, tres meses... tres miserables meses, solo eso, ni un día más, ni un día menos. Mi anhelo se convirtió en desesperación, aunque realmente nuestra "relación", si es que así se pudiera calificar, fue efímera, pero estrujó mi alma y así mismo tocó el abismo de mis secretos. Cada momento, palabras y caricias han quedado marcados en mi pecho; lamentablemente, como todo en la vida tiene un fin, nuestra historia igual lo tuvo. Quisiera pensar que todavía me recuerda; quizás simplemente fui un instante. En mi caso, ella lo era todo, mi aliento, mi caminar e incluso mis lágrimas. A decir verdad, la última vez que nos vimos, cortó uno de sus rizos en señal de promesa, repitiendo una y otra vez que el destino nos juntaría en aquel muelle donde gozábamos del otro. Iluso ante las vueltas de la vida, le creí, creí en algo fugaz. A pesar de eso, sabía que la culpa era compartida. Las semanas siguientes, aún recibía sus cartas y ella respondía las mías; de pronto, mi correo estaba vacío. Así fue durante semanas, meses enteros, hasta por fin perder la esperanza guardada.

El tiempo siguió su curso; cuando menos me di cuenta, ya había pasado un año desde aquel suceso. Nuevamente era verano, pero no el mismo donde pasaba mis noches acompañado, no el mismo en que disfrutaba su sonrisa, no uno en que la tuviera entre mis brazos. Solo, en el muelle donde sellamos nuestras promesas, bajo la luz del sol y el cielo dorado, arrojé todas las cartas que había escrito sin respuesta; ya no tenían a dónde parar, ni suaves manos que las recibieran. Lancé al lago cristalino todas aquellas escritas por Alya, la mujer de ojos verdes y rizos castaños. Dejé que flotaran sin rumbo fijo, me deshice de los recuerdos que guardaban sus letras, de su voz en mi cabeza que resonaba al leerlas; no quería nada, estaba decidido a olvidarla, Alya... mi dulce y adorada Alya. Sus escritos me ataban y, mientras el agua fluía con ellos, yo hice lo mismo: me acosté en el mismo lugar donde la vi por primera vez para dejar a mi alma respirar y con ella estas últimas palabras, una última carta donde pudiera soltar aquello que refundió en mi corazón, soltar a mi gran amor.

Thais Milena Solanilla Palacios (10A)